

OPINIÓN POR RAMON DÍAZ

Vietnam e Irak

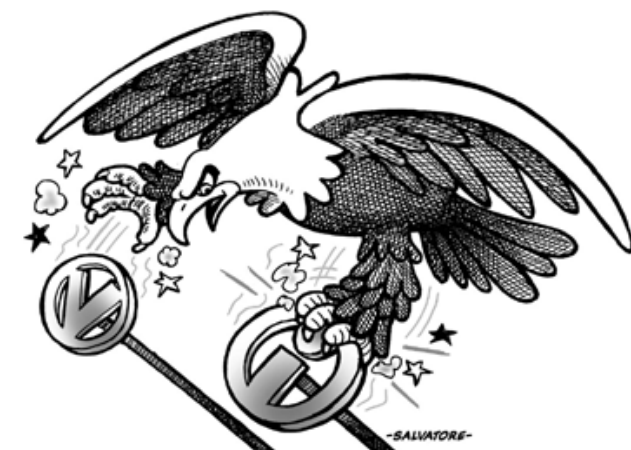


En ambas oportunidades Washington procuró influir negativamente sobre el poder del enemigo

El vuelco de la opinión pública en EEUU contra el presidente Bush, y, particularmente, contra la permanencia de efectivos militares norteamericanos en Irak, determina una apreciable probabilidad de que se concrete el retiro de las fuerzas norteamericanas de allí; con la secuela inevitable del retorno de aquel país al seno del islamismo radical. La situación, en tal sentido, es de gran parecido con la que, hace algo más de treinta años, culminó con la repatriación de los efectivos militares que el gobierno de EEUU había transportado a Vietnam. Con lo que decimos que el episodio vietnamita suministra una palmaria semejanza histórica, algo demasiado raro para que la pasen por alto los interesados en el caso presente —los cuales, por una razón u otra, grado más o grado menos— lo somos todos.

En lo relativo a la intervención norteamericana, la analogía salta a la vista. En ambas oportunidades Washington procuró con ella influir negativamente sobre el poder del enemigo. En Vietnam, se procuró evitar que el comunismo se anexara por vía bélica la mitad austral de aquel país, cuya bandera en la mitad boreal ya ostentaba la hoz y el martillo, por acuerdo diplomático, al haberse liquidado la posesión francesa del Jmer. Los contrarios a la intervención, en Washington, habían invocado la pequeñez del territorio en cuestión, por el cual se estarían arriesgando serias complicaciones. Pero fue en vano. En parte por el cariz gradual de la operación, que comenzó limitándose al envío de material bélico e instructores, pero el irresistible avance del Viet Cong hizo que la asistencia fuera profundizándose. Bajo Jack Kennedy se embarcaron los primeros contingentes de combatientes; bajo Lyndon Johnson, su sucesor inmediato, un verdadero ejército se puso en juego. Sin que se lograra ninguna victoria decisiva. Con la tragedia interminable de las víctimas. Bajo la crítica cruel de los refractarios. Y sin que la trivialidad del objetivo militar en juego dejase de subrayar todos los demás argumentos.

Finalmente, Johnson tiró la esponja. ¿Qué pasa cuando una potencia imperial debe reconocerse vencida ante un enemigo materialmente insignificante? Pues, evidentemente, inevitablemente, sus nacionales sienten la mordedura de la humillación. Pero eso, ¿es algo muy doloroso? Yo diría que no. Junto con la humillación debe sentir una sensación de alivio capaz de contrabalancear la penuria. Por lo demás, si el pequeño hace que te rindas, con todo siguen respetándote. Saben que, si te atacases, podrías valerte de recursos que, contra el adversario menor, te habría ganado el odio y el desprecio universales. Habrá en adelante una página



de tu historia que querrás leer más de prisa, pero, en suma, poco más que eso.

Más ese análisis de tus sentimientos no es toda la cuestión. ¿Por qué te habías lanzado a aquel combate, del que ahora tratas de olvidarte? No cometamos la imperdonable omisión de dejar de lado lo principal que exige nuestro análisis. Te metiste en un berenjenal para evitar que el sur de Vietnam fuese a engrosar las hordas comunistas. No tanto por lo que pudiese aportar materialmente a una potencia colectiva que incluía nada menos que a la URSS y a China continental, sino, sobre todo, para evitar que el influjo de adeptos diese la impresión de ser arrolladora. La expresión que se utilizó, y tu mismo usaste, fue el efecto dominó. Si pones en fila una serie de fichas de dominó a la distancia adecuada, y volteas la primera, las otras serán arrastradas, indefectiblemente, una tras otra. ¿Y de hecho, qué ocurrió con las fichas? ¿Por qué cuando se tumbó la de Vietnam no hubo otras fichas que, subsiguientemente, también cayeran? ¿Acaso porque el efecto es inexistente?

Ese planteo es inadecuado. El "efecto dominó" no es más que una expresión figurativa. Tal como se usó, sirve para ilustrar la suerte de un imperio que crece, pero es inadaptable para un imperio que está contrayéndose. La ilustración adecuada es la de una curva cóncava hacia el origen. Desde que las tropas españolas lograron librarse del encierro morisco en la Marca de Asturias, las sucesivas conquistas de territorios en la península podría describirse con esa curva, la que serviría también para describir la conquista del Nuevo Mundo; pero luego, al llegar a la pérdida de territorios de América y el Lejano Oriente, habría que recurrir a la rama decreciente de la curva. La curva asociada al "efecto dominó" no tiene otra rama que la ascendente. El imperio comunista as-

cendió con la revolución rusa, luego, tras la 2ª. Guerra Mundial, volvió a crecer, y gracias a la revolución china, continuó su ascenso, entonces vertiginosamente.

Pero en la ocasión del episodio vietnamita el imperio comunista estaba preparando su descenso. La curva a trepar se había agotado. Se estaba aproximando la etapa del tobogán, por el que no tardaría en precipitarse velozmente.

Por tanto cabe concluir que la intervención norteamericana en Vietnam fue desde el principio un error, no tanto por las fallas militares sino, fundamentalmente, porque estaba encaminada a evitar un peligro inexistente. Aún triunfando militarmente, habría derramado sangre propia y ajena inútilmente. Y ahora, a propósito de Irak, ¿qué concluiremos? En mi opinión la situación es claramente opuesta a la de Vietnam. El Islam se esfuerza para competir con EEUU por el dominio del mundo. El 11/9 fue el primer gran paso en esa dirección. La enérgica, y para bin Laden inesperada, respuesta de Bush forzó a aquel y a los suyos a un compás de espera, pero el nuevo choque en Irak, comandando sin duda bin Laden la estrategia musulmana, vuelven a chocar dos grandes imperios. El mundo está contemplando una batalla de singular trascendencia.

Desgraciadamente, mientras el Islam da toda la impresión de gozar de una sólida unidad, al menos en los niveles fundamentalistas, en Estados Unidos la izquierda del ala "liberal", notablemente radicalizada, aprovecha su reciente victoria electoral para presionar por la retirada. En suma, los casos de Vietnam e Irak no podían ser más diferentes, y la repetición de la estrategia de 1965 arriesga ser trágica para Occidente. Dicho lo cual, no se extrañará el lector si esta columna sabatina pronto vuelve a ofrecerles más de lo mismo.

COLUMNA

Por
Gabriel Per

GEORGE BUSH, GO HOME (¿Y LA COCA-COLA?)

La ignorancia y la idiotez son como el huevo y la gallina. Hay un pensamiento idiotizante que nace de los preconceptos, de la visión sesgada, de la caducidad ideológica. Repudiar la visita de un presidente extranjero con el que Uruguay mantiene relaciones es, antes que nada, un ejercicio de libertad. Pero se puede ser libre e idiota. Bush es una bestia parda, ¡qué novedad!, pero observar su visita a Uruguay como la de un jinete del Apocalipsis, y no ver más que eso, es una idiotez. Y es deshonestidad intelectual. Algunos de los que abuchean a Bush son los que hace unos años le tiraban besos a tipos como el rumano Nicolae Ceausescu, un dictador asesino. Ver en Bush solo a un Atila modernos, asimismo, una desconsideración al pueblo que por dos veces le dio la presidencia. EEUU es un gran mercado que puede contribuir a reducir la pobreza (los líderes anti-Bush viven lejos de la indigencia), pero, además, nos guste o no, Bush representa al pueblo de Jefferson (que a diferencia de Balzac, quien creía que los periodistas son innecesarios, prefería una prensa sin gobierno antes que un gobierno sin prensa); de Martin Luther King y otros 21 Nobel de la Paz; de William Faulkner y otros 10 Nobel de Literatura; de John Fitzgerald Kennedy —y sí, de sus asesinos—; de los veteranos de Vietnam y de los verdugos del nazismo; de las guerras asesinas y de Hollywood, que expía la culpa y la convierte en gloria; del figón de Nixon y de los periodistas que lo arrinconaron (¿se imaginan un presidente renunciando acá?, jaaa); de Miles Davis y todo el jazz; de James Brown y todo el soul; de Jimmy Hendrix y todo el rock; de Michael Jackson (¡ay!) y todo el pop; de los controles y de la libertad inmensa, donde las banderas pueden ondear como ser quemadas; de los creadores de la vacuna contra la polio, el sarampión, la rubeola, la meningitis, la hepatitis B; de los inventores del automóvil, el avión, el teléfono, el radar, la bombilla eléctrica, el microchip, la estructura del ADN, el rayo láser, la Internet... y la Coca-Cola, y con ella, razón más que suficiente para pedirle a Dios que, please, salve a América, toda, incluidos Bush, los ignorantes y los idiotas.

(gpereyra@observador.com.uy)